

Historias del Páramo

PRÓLOGO

-Planta trece - Dijo una voz femenina proveniente del panel del ascensor

Indicaba que el ascensor había llegado a su destino. Las compuertas se abrieron, y un elegante hombre de negocios salió al rellano mientras buscaba las llaves de casa.

-Ahí estáis, pensaba que os había vuelto a perder.

Abrió la puerta y entró en un inmenso ático. Un ventanal enorme rodeaba todo el comedor, desde el que se veía prácticamente toda Barcelona y el mediterráneo. Un perro de raza pomerania lo recibió juguetón, dejando caer a sus pies una pelota de plástico con cascabel. Corría entre sus piernas zigzagueando para hacer notar su presencia

-Hey chiquitín, ¿me echaste de menos?- le rascó detrás de las orejas y el pomerania respondió tumbándose bocarriba en el suelo-. ¿No te has comido ningún cojín esta vez?

Siguió jugando con él, hasta que el pequeño can le hizo entender que quería que le tirara la pelota. El la recogió del suelo y la lanzó.

-Ve a por ella si la quieres -dijo al lanzarla.

El perro salió corriendo sin pensarlo, tras el sonido del cascabel. La pelota rebotó contra la librería que había al final del comedor y se metió en el pasillo. Lo perdió de

vista, seguramente la pelota acabó entrando en alguna de las habitaciones. Con total seguridad el perro debía estar masticando ya la pelota sobre alguna cama. Encendió el televisor y se dirigió a la mesa que había en el centro del comedor. Dejó la cartera sobre la mesa, también se quitó la americana y la posó sobre una de las sillas.

-Por fin en casa -dijo mientras se desabrochaba un par de botones de la camisa-. Ha sido un día muy duro.

Entró en la cocina, cogió una taza de Star Wars del armario, y se dispuso a preparar un buen café. Mientras la Nespresso hacía su magia, cogió el periódico que había doblado encima del mármol y echó un vistazo a la portada. Lo único de lo que se hablaba en todos lados era de la crisis y de la guerra.

-Que si NorteAmérica esto, la Otan lo otro, la Coalición aquello... -negó con la cabeza mientras cogía la taza de nuevo-. Nos están mandando a todos a la mierda.

Mientras cruzaba el comedor en dirección a la terraza tomó un sorbo. Se acercó al muro para contemplar el mar, recostó la taza en el mismo, y se apoyó con los codos. Había un cielo azul, sentía el calor del sol en su rostro, y corría la brisa. En el horizonte podía verse un portaaviones de la Armada acompañado de dos destructores destinados a salvaguardar la costa barcelonesa. No podía creer como se había ido todo a la mierda tan rápido. Todo el mundo decía que sería la última crisis económica del mundo moderno; para bien o para mal el pensaba igual. No le gustaba el hecho de tener que despedir a nadie, pero aquel día había tenido que hacerlo de nuevo por tercera vez en lo que iba de mes. Esta vez veinticinco personas que enviaba al paro. Sabía que no tenía elección, era eso o cerrar la fábrica, pero seguía doliendo. Todo lo que su abuelo había levantado se derrumbaba ahora a su alrededor como un castillo de naipes.

Observó a lo lejos como despegaba un escuadrón completo de cazas. Aunque nunca había visto despegar tantos a la vez; supuso que se trataba de maniobras rutinarias.

Volvió para adentro y cerró la puerta de la terraza detrás. La televisión llevaba rato encendida sin que nadie le prestara atención. Eran las cuatro de la tarde pasadas, y estaba sintonizado el canal de telenovelas, la última en ver la televisión había sido su mujer; no tenía duda. Ella era algo más joven que el, de raíces venezolanas y nacida en Barcelona. Trabajaba como diseñadora web, y la mayor parte del tiempo lo hacía desde casa. Volvió a la cocina para revisar si había dejado alguna nota; ya que tenía la costumbre de dejarlas colgadas de la nevera. Una nota que había pasado por alto antes, aguardaba bajo un imán de recuerdo de su viaje de novios a Punta Cana. En ella, su mujer le decía que había tenido que salir a comprar maíz, para preparar cachapas para la cena. Eran una especie de tortitas a base de maíz,

típico venezolano. Se le hacía la boca agua solo de pensarlo, le encantaban las cachapas que preparaba su mujer, con queso y jamón york.

Volvió al comedor y se sentó en el sofá. Cogió el mando a distancia y puso el canal donde emitían su programa favorito de las tardes. El típico programa de actualidad con un poco de humor; algo escaso en aquellos días.

Pasados veinte minutos comenzó a sonar su teléfono, acababa de recordar que lo había dejado en la cartera. Se incorporó y fue a buscarlo. En la pantalla ponía Elena; su mujer le estaba llamando. Sin perder un segundo desbloqueó el teléfono y contestó.

-Buenas tardes amor -dijo el.

-Hola mi peluche -respondió ella-, ¿qué tal hoy en el trabajo?

-Con los despidos y todo, francamente una puta mierda -lamentó-, no se como vamos a hacerlo.

-Tranquilo corazón, todo saldrá bien.

Había estado apoyándole toda su vida, y no pensaba dejar de hacerlo ahora. Sabía que era un buen hombre.

-Gracias corazón -dijo-, ¿y tu qué tal todo?

-Pues ya tengo el maíz y alguna cosa más, he ido a esa tienda del centro que vende productos latinoamericanos. Y también te he comprado otra cosa que te gustará, solo esperame, ya voy de regreso y... -Mientras pasaba por delante del escaparate de una tienda de electrodomésticos vió algo en los televisores que la dejó sin palabras. La gente comenzó a agolparse allí mismo-. Oh dios mio.

-¿Qué sucede? -preguntó en un tono preocupado- ¿estás bien?

-¡Las noticias a prisa pon las noticias! -Chilló ella a través del altavoz-. ¡Al final lo han hecho!

El se dió la vuelta hacía el televisor para descubrir que habían interrumpido la programación para dar una noticia de última hora. En la pantalla solo se veía fuego, ruinas y cadáveres. En letras bien grandes a modo de titular podía leerse: Washington arrasada por el fuego atómico.

El presentador del noticiario completamente pálido, intentaba leer lo que se mostraba por el telepronter con el terror visible en su cara. Se atascaba, tartamudeaba, se confundía de palabras, y es que las imágenes no eran para menos. Se le erizaba la piel, y sentia escalofrios; aquello era mucho peor que

cuando el 11-S. Volvió a ponerse el teléfono al oído. Se hablaba de un ataque nuclear masivo a Estados Unidos y sus aliados, no sin que estos iniciaran antes los protocolos de destrucción mutua asegurada. Probablemente, en ese mismo instante, miles de bombas atómicas surcaban los cielos de punta a punta del globo. En cierto modo, se sentía aliviado; ya no importaban los despidos. Ahora solo pensaba en pasar los últimos instantes junta a ella, en que la noche anterior, no fuera su último momento juntos.

-Ven a casa pero ya -dijo elevando el tono de voz

Un ruido similar al de unas turbinas impidió que oyera lo que le decía Elena. Eran los cazas eurofighter que acababan de pasar a escasos metros sobre el edificio. Salió corriendo a la terraza sin despegarse del teléfono. La corriente de aire producido por aquellas máquinas casi lo empuja para dentro de nuevo. Cuando logró recuperar el equilibrio vió algo en el cielo al norte de allí. Algo surcaba los cielos dejando una estela tras de sí. Era un misil, no hacía falta ser un genio para atar cabos. Si España pertenecía a la Otan, y esta segunda era aliada de Estados Unidos, era de lógica que fuera un blanco. El misil se precipitó en picado sobre los límites de la urbe y se produjo un gran silencio. La sensación era como de que algo acababa de absorber todo el sonido ambiente, era como si todas las partículas del aire permanecieran quietas. Fué un segundo que duró horas. Un segundo fué el tiempo que tuvo para asimilar la situación, y revivir todos y cada uno de los momentos de su vida. Un gran destello de luz siguió al silencio, que a su vez fue roto por el estruendo de una explosión gigantesca. Volvió a ponerse el teléfono una vez más al oído.

-Te quiero - le dijo a la nada, ya no había cobertura.

Llegó tarde.

La explosión no había sido exactamente en Barcelona si no en el extrarradio, la localidad vecina de Santa Coloma había sido borrada del mapa. A lo lejos podía verse una gigantesca columna de humo con forma de hongo. La onda expansiva se abrió paso arrasando con todo a su paso, levantando todo por los aires; llegó hasta el Edificio Bonavista de la Avenida Diagonal sin retroceder un milímetro. Impactó de lleno y lo lanzó contra el ventanal. Puso todo el piso patas arriba, todas las ventanas estallaron, prácticamente todo salió volando hacia todas partes. Las estanterías y la librería habían quedado desparramadas por el suelo. El teléfono había salido volando mucho antes de atravesar el cristal. Ahora sabía seguro, que no iba a despedirse jamás de su amada, y que posiblemente nunca volvería a verla. Intentó levantarse, le dolía absolutamente todo, tenía cortes y magulladuras por doquier. Solo escuchaba un zumbido torturador, y no podía oír al perro llorar al otro lado del piso. Sentía la sensación de que algo líquido le bajaba por el cuello y los

lados de la cara. Se llevó las manos a los oídos, y se las miró; sangraba. La explosión le había provocado un trauma acústico y habían reventado los tímpanos. La piel le ardía, era palpable la subida drástica de la temperatura. En pie tambaleándose, intentó volver a la terraza en un vano intento de encontrar su teléfono, a sabiendas de que ya era completamente inútil. Con total seguridad, el pulso electromagnético de la explosión habría anulado toda la electrónica de la ciudad. Se tropezó y cayó de cara contra el suelo; rompiéndose la nariz. Se arrastró hasta el muro, y una vez más, se puso en pie apoyándose en él. El cielo se había vuelto gris, y las cenizas revoloteaban en el aire. Cada bocanada de aire le quemaba por dentro.

Entonces una vez más, otra cabeza nuclear se acercó desde el horizonte. Divisó uno de los eurofighter que momentos antes sobrevolaba Barcelona, está vez en dirección al misil con la clara intención de interceptar. Debía haber estado lo suficientemente lejos de la primera bomba como para sobrevivir al pulso electromagnético pensó. Cuando el caza se acercó lo suficiente y fijó el blanco, el piloto disparó un misil rastreador y cruzó los dedos. No podía hacer nada más que eso. Pero no salió como pensaba, la bomba estaba preparada para estallar, una trampa ideada por quienes habían lanzado las bombas para asegurarse de que ni siendo interceptadas, pudieran evitar la detonación atómica. El misil interceptó la bomba antes de que descendiera mientras aún sobrevolaba Barcelona a muy poca distancia sobre su cabeza.

Un segundo destello lo invadió todo, esta vez podía sentir como le quemaban los ojos. La detonación fue aérea, pero no menos destructiva. La onda expansiva aplastó literalmente Barcelona desde el cielo. El cabello prendió en llamas, al igual que su ropa, y su piel se tornó negra en unos pocos segundos. Finalmente llegó la onda expansiva que terminó con su miseria. La carne se separó del hueso casi en el acto, fue todo tan rápido que realmente no sintió nada. Muchos edificios finalmente cedieron y se derrumbaron, y la temperatura ascendió hasta convertir prácticamente gran parte de la ciudad condal en el infierno en la tierra.

Se fue, con su amada en la mente, como último pensamiento.

Capítulo 1

65 años después del holocausto nuclear

Era tarde, llovía y estaba oscureciendo. Una figura sombría caminaba por el sendero del pantano; enfundado en un poncho negro y mugriento empapado por el agua de lluvia. Sabía de sobras que no podía permanecer mucho más tiempo a la intemperie si quería volver a ver amanecer. Se dirigía a los restos de un viejo camping que había en el otro extremo de los humedales para acampar y pasar allí la noche. Intentar deshacer el camino era una insensatez innecesaria, en cuanto se hiciera completamente de noche la visión sería prácticamente nula. Era mucho más seguro aprovechar la luz del crepúsculo para aligerar el ritmo y ponerse a buen recaudo. Los peligros acechaban en la noche, sobre todo en aquel lugar. Había salido de Empuriabrava por la mañana en dirección a los humedales del parque natural del Empordà. Contratado por el responsable del lugar, tenía que eliminar a la extraña criatura que se había asentado allí y que estaba atacando a las caravanas que intentaban cruzar los humedales. Llevaba tiempo labrándose una buena reputación como mercenario en las tierras nordestinas, de modo que cuando se asentó en La Marina no tardó en convertirse en el chico de los recados. Llegó allí contratado como escolta de un mercader con una mujer y otro hombre. El trabajo solo consistía en que el mercader llegara sano y salvo, una vez allí seguiría hacia el norte con solo un escolta. Con la paga, alquiló una habitación en un hostel para unos días; sin pensar en que pasaría allí más de medio año. Junto a la gran torre de control de La Marina, había un tablón de anuncios donde comenzó a hacer trabajos sencillos. En un asentamiento comercial como era aquel, el trabajo de mercenario no escaseaba. Cuando no había un niño perdido había una bestia que causaba

problemas en los caminos, o bandoleros, incluso una vez lo contrataron para amedrentar a un jugador para que pagara sus deudas. Cuando el Lugarteniente supo de él comenzó a contratarlo para asuntos de importancia para La Marina, y cuando se ganó su confianza, le consiguió una mejor habitación sin coste alguno. Había sido nómada desde hacía mucho tiempo, hasta entonces, ya no recordaba lo que era tener un sitio al que llamar hogar. Llegó a la península en una embarcación colonial de la República Balear con el objetivo de ampliar sus fronteras y establecer relaciones comerciales que ayudaran a reconstruir un estado que acababa de salir de un conflicto civil en el que además él mismo había participado. Herido en combate, se unió a la fase dos de colonización en cuanto los médicos se lo permitieron. Necesitaba dejar atrás el archipiélago y comenzar algo nuevo con su esposa cuanto más lejos mejor. Ella había partido en la fase uno, sus habilidades técnicas la convirtieron en una candidata indispensable para establecer una red de comunicación por radio una vez llegaran a los puntos preestablecidos a colonizar. Pero cuando desembarcó en Barcelona, ella no estaba; se la habían arrebatado. Fue entonces cuando perdió la cordura, el honor, y por largo tiempo, cualquier respeto por la vida humana. Estos sucesos, combinados con el trauma vivido durante la guerra civil desembocaron en un colapso emocional que lo arrastró a la oscuridad. Empujado por una sed de venganza imparable, desertó. Recorrió cada kilómetro de las ruinas de la ciudad condal y alrededores en busca de los responsables. En su loca cruzada, arrasó hogares, hirió a algunos, y torturó a muchos otros. Impartió su deformada visión de justicia para conseguir respuestas que lo llevarán hasta su objetivo, matando hombres, mujeres y niños por igual. Finalmente no obtuvo tan anhelada venganza, en su lugar, obtuvo cicatrices mucho más allá de las físicas que lo marcarían para el resto de su vida. Marcas que le recordarían cada uno de sus días que sus manos estaban manchadas de sangre, y que no merecía perdón por todo lo que había hecho. Un día despertó a orillas del Llobregat desangrándose, arrastrado por el agua. Miembros de una banda con la que se había enemistado lo emboscaron y finalmente le pararon los pies. Se habían deshecho de él arrojándolo al río desde un puente; pero sobrevivió. Creió que moriría a orillas del río, indefenso y comido vivo por alimañas, sabía que era lo mínimo que merecía. En ese momento fué consciente de la senda que había seguido y de que ya no era el buen hombre del que su esposa se había enamorado. Se rindió a la muerte, la aceptó y cerró finalmente sus cansados párpados. Semanas después despertó en la choza de un anciano al que conocería como Esmergle. El anciano había curado sus heridas y tratado las infecciones provocadas por el agua del río. Cuando estuvo listo emprendió una nueva senda, la de la redención. Marchó al norte, lejos de Barcelona para huír una vez más del pasado. Para el mundo el hombre llamado Alexis “El Segador” Bauza había muerto, en su lugar se alzaba Cyros.

Se refugió en lo que quedaba de la recepción del camping, un edificio de dos plantas semi derruido por la cara este. Unos arcos daban la bienvenida a aquel lugar, donde las gentes del pasado disfrutaban del tiempo libre. Ahora solo quedaba suciedad y restos. Podían verse las lonas de las tiendas de campaña utilizadas por aquel entonces semienterradas y la luz de la luna dejaba ver entre la maleza los esqueletos de viejas caravanas y vehículos. Algunos habían sido pastos de las llamas de algún incendio, otros simplemente habían sucumbido al tiempo y a las inclemencias del clima. Había numerosas goteras, Cyros encontró un rincón en la segunda planta parcialmente cubierto y seco. Se ubicaba en el lado derruido y daba directo al exterior, desde allí también se podía saltar a la planta inferior sin mucha complicación. Pateó una vieja librería que yacía en el suelo de la habitación contigua para conseguir leña; parecía seca pese a estar en el suelo. Tomó una vieja guía turística de entre los tablones que no estaba mojada. Asegurando una superficie seca y sin peligro de extender el fuego, encendió una pequeña fogata utilizando el papel como acelerante. Para encender el fuego utilizó un mechero Zippo lleno de muecas, a pesar de los años aún se distinguía algún tipo de pintura roja de fondo y unas letras blancas con el nombre de una antigua marca de refrescos. Se quitó el poncho y lo apoyó en una silla con el resto de sus cosas; una mochila tirando a pequeña y su rifle de clavos. Siempre en su funda atada a la espalda, era un arma casera fabricada utilizando los restos de una pistola de clavos sobre varias piezas de hierro, madera y mecanismos. En un lateral tenía un compresor, y en el otro se introducía el cartucho de clavos. El compresor era manual, de modo que disponía de una manivela para comprimir el aire, pero también podía funcionar si se conectaba a una fuente de electricidad. La versatilidad del arma era destacable, ya que permitía utilizar como munición cualquier tipo de tornillo o clavo, y hasta reutilizar municiones. Por lo general siempre utilizaba cartuchos que rellenaba el mismo, pero también podía introducir los clavos en la ranura de uno a la vez sacrificando cadencia de fuego. No era muy eficaz a larga distancia, pero era letal a medio y corta alcance. Un regalo del viejo Esmergle antes de marcharse de Barcelona. El viejo era muy hábil en muchos campos y lo construyó él mismo. Las armas manufacturadas eran muy utilizadas, la mayoría utilizaba virotes y clavos como munición, pero también las había de munición estándar y gente que se dedicaba a fabricar balas con chatarra. De la mochila que había dejado en la silla sacó un trozo de cecina seca envuelta en papel y una cantimplora.

-Hora del festín - dijo mientras se llevaba el trozo de carne a la boca

La carne estaba rancia y el agua tenía un ligero sabor a óxido que provocaba una sensación de picor en la lengua. Al terminar la cena, sacó de uno de sus bolsillos un roñoso cajetín de cartón de donde extrajo su último cigarrillo. Cosechado en Andorra

y distribuído por los caravaneros, no era exactamente igual que el tabaco del viejo mundo pero era lo más parecido. A pesar de haber pasado algo más de medio siglo tras el holocausto nuclear, aún seguían circulando por ahí cajetillas de tabaco sin abrir. Valiosas como el oro, y a menudo infumables, eran una moneda de cambio muy apreciada, incluso más que las latas de refrescos y conservas.

Entrada ya la medianoche seguía lloviendo; añadió un poco más de leña a la hoguera. Se acomodó en el suelo con la espalda contra la pared para descansar y de poder ser, intentar dormir un poco. Nunca bajaba la guardia en su propia cama, mucho menos en la intemperie. Logró dormir un par de horas machete en mano. Siempre dormía con el machete cerca, algo que aprendió durante la guerra; tanto en la República como en la suya personal. Lo llevaba enfundado en su vaina de cuero, fijada a la parte trasera de su cinturón. Se despertó alertado por un ruido fuerte y gutural. Se levantó rápidamente y tomó el rifle. Lo primero en que se fijó era en que había dejado de llover; dedujo que hacía poco puesto que algunas goteras seguían chorreando. Permaneció agazapado y con el rifle levantado mientras analizaba los sonidos que se perdían en la oscuridad de la noche. Como no podía distinguir nada a más de cinco metros de donde estaba solo podía confiar en su oído. Entre el sonido de los insectos se distinguía algo más, un murmullo ahogado que parecía cercano. Con la intención de investigarlo se dirigió a abrir la puerta, una vez delante se detuvo en seco. Le parecía haber escuchado algo al otro lado, de modo que muy sigilosamente se acercó y puso el oído sobre la superficie de la puerta. Pudo diferenciar una serie de pasos y una respiración fuerte como si estuviera olfateando. Alguna criatura lo había rastreado hasta allí, probablemente la misma que había estado causando problemas con las caravanas. Pensó en que por lo visto no era el único en busca de una presa aquella noche. No podía abrir la puerta a ciegas y disparar a lo loco, necesitaba ser más listo, posicionarse y tener la ventaja. Se colocó al fondo de la habitación de cara a la puerta con la pared a un lado y el vacío al otro dándole la oportunidad de escabullirse a la primera planta de un salto en caso de ser necesario. Arrancó un trozo de yeso de la pared y lo lanzó contra la puerta. El ruido del golpe retumbó en la oscuridad como un eco. Con el rifle levantado y la mirilla puesta en la puerta se preparó para lo que venía. Tardó unos segundos más de los que había calculado, incluso pensó en la posibilidad de que fuera lo que fuera ya hubiera pasado de largo. Una bestia enorme y peluda atravesó la puerta haciéndola volar en pedazos.

<<¡Joder es un dip!>> pensó Cyros al ver al monstruoso perro mutante. Los dip eran una subraza de perros surgida poco tiempo después del apocalipsis. Probablemente un cruce de razas dominantes alterado por la exposición a la radiación. Originarios del Pirineo se extendieron rápidamente por el resto de territorios. Eran el doble de grandes que un lobo y más musculosos. Acostumbraban a tener ligeras deformaciones faciales y una serie de bultos en el torso donde no les crecía pelo. Apretó el gatillo a la misma vez que atravesaba la puerta y el aire comprimido empujó el primer clavo del cartucho que salió disparado contra el dip. El disparo

pasó rozando su espalda para acabar clavado en la pared. La bestia se volvió contra Cyros lanzando un rugido estremecedor que se ahogó cuando el segundo disparo se hundió en la carne del animal. Saltó en carrera contra el y Cyros lo esquivó saltando sobre un escritorio de la planta inferior. El dip era rápido, y antes de que pudiera darse la vuelta para volver a disparar ya estaba saltando de nuevo sobre el. Antes de caer sobre él pudo apretar de nuevo el gatillo lanzando otro clavo que penetró en el estómago mientras aún estaba en el aire. La bestia con una actitud impasible cayó sobre su presa y ambos acabaron revolcándose por el suelo. El rifle salió disparado no muy lejos pero Cyros tenía las manos demasiado ocupadas manteniendo las mandíbulas del dip lejos de su cara. Forcejeando con el perro infernal notó algo en la espalda, entonces vió la oportunidad de girar las tornas. Con la acción del momento había olvidado por completo que su machete seguía ahí, guardado en su vaina. Necesitó todas sus fuerzas para empujar al dip hacia su derecha y posicionarse sobre él, con la mano derecha mantuvo la cabeza pegada al suelo y con un movimiento rápido con la izquierda agarró el mango del machete y se lo hundió en el corazón. La sangre manaba a borbotones, y los esfuerzos de la bestia por zafarse de Cyros perdieron fuerza. Como el mar después de la tormenta, el lugar quedó en calma.

-Hijo de puta...- espetó mientras resoplaba y se dejaba caer a un lado.

Se incorporó junto al cuerpo inerte del dip y con esfuerzo consiguió extraer el machete, a continuación limpio la hoja por ambos lados en su pelaje. Se fijó por un instante en los enormes dientes de aquella cosa y en cómo podía haberle arrancado un brazo fácilmente de un mordisco.

-Hijo de puta - Repitió mientras volvía a guardar el machete.

Recuperó el rifle del suelo y se aseguró de que no tuviera ningún daño más allá de un arañazo ocasionado por el golpe de la caída. A pesar de que al principio pensaba que ese era el problema que acechaba los caminos mientras recogía de nuevo sus cosas de la segunda planta se dió cuenta de que era imposible. Recordó que uno de los supervivientes lo había descrito como un monstruo reptiliano que acechaba en las sombras de la noche y que se movía como un rayo.

-Parece que nadie va a pagarme por ti - dijo tras escupir desde arriba sobre el dip.

No lograba encajar como era posible que alguna especie de lagarto causara tanto revuelo y nadie hubiera notado la presencia de un perro del tamaño de un armario. Lo único que podía indicar, según Cyros es que acabara de llegar. De tener razón, aquel hecho confirmaría que no fuera el objetivo, ya que hacía algo más de dos semanas que estaba habiendo problemas en las rutas del sur.

El humedal era un lugar peligroso lleno de fauna autóctona mutada pero de vez en cuando alguna especie invasora llegaba atraída por los nutritivos y gigantescos insectos que lo poblaban. Las criaturas más predominantes tenían el instinto de supervivencia muy arraigado y solían desplazarse grandes distancias para encontrar lugares donde alimentarse. En ocasiones todavía le costaba acostumbrarse al enorme bestiario de monstruosidades mutadas que habitaba la península. En la República Balear nunca cayeron bombas. Por ese motivo la radiación aunque presente en la atmósfera, nunca fue tan agresiva como para hacer lo que había hecho al otro lado del mar. Todas las cosas que aprendió de niño allí ya no tenían ningún sentido; se preguntaba si era igual en todo el mundo.

De nuevo en calma, la brisa del pantano volvió a arrastrar el mismo murmullo de antes, esta vez más cercano. Con pasos sutiles y el rifle nuevamente en alto, se movió por los pasillos del edificio hasta lo que algún día fuera la recepción del camping. Una especie de moho cubría partes de la pared como en el resto del edificio, y una capa espesa de mugre cubría los cristales desde donde debía verse el exterior. La puerta yacía echa añicos en el suelo al igual que una de las cristaleras; Cyros echó un vistazo pero no era reciente. Se asomó por la ventana rota para visualizar el exterior pero no se veía nada fuera de lo normal. Salió a la calle por la entrada donde debería estar la puerta, el sonido había desaparecido hacía pocos segundos. Un ruido proveniente de su espalda hizo que se girara, pero no había nada. De la fachada de la segunda planta provino un nuevo ruido que captó su atención, para cuando localizó el origen sólo pudo vislumbrar una larga cola escamosa que se arrastraba hacia el interior de una de las ventanas. Mientras deshacía el camino por el interior de la instancia, fuera lo que fuera lanzó un perturbador gemido antes de emitir un sonido visceral. Provenía de la sala donde había abatido al dip. Antes de llegar a la entrada desde el pasillo ya pudo diferenciar un gran bulto moverse en la oscuridad. Con cautela asomó por el hueco de la puerta. La imagen era verdaderamente grotesca; tanto que hasta Cyros sintió arcadas. Un olor nauseabundo acompañaba a una gran bestia con forma de lagarto que estaba tratando de engullir entero el cadáver todavía caliente del dip. A simple vista debía medir cerca de dos metros de largo o más y dos largas membranas salían de su espalda hacia atrás dándoles aspecto de alas. Cyros observó la escena en silencio.

Las extremidades del cadáver impedían al lagarto que pudiera tragarlo a pesar de que pudiera desencajar su mandíbula para ello; de modo que lo liberó para que con sus afiladas garras arrancar las patas del torso. Cyros pensó que aquella cosa ya se parecía más a la descripción que le habían dado y seguramente ya habría puesto sus ojos en el dip antes de que lo matara por el. Cuando Cyros intentó tomar una buena posición desde la que dispararle a la cabeza pisó accidentalmente un viejo envoltorio de patatas fritas descolorido poniendo en alerta al lagarto. El lagarto volvió a escupir el cadáver, se puso en pie sobre sus patas traseras y lo miró

fijamente a los ojos. En esa posición parecía mucho más largo de lo que parecía a simple vista.

-Tranquilo bonito, si yo ya me iba - dijo mientras daba un paso atrás lentamente.

El lagarto lanzó un gruñido agudo antes de lanzarse sobre su nueva presa. Cyros tuvo que volver a salir corriendo para salvar el cuello una vez más, no sin antes disparar un par de veces. El primer disparo falló y el segundo impactó de lleno en el lomo, no era fácil apuntar a un blanco a la carrera mientras él también corría. El disparo lo detuvo en seco por un instante a pesar de no haber penetrado completamente ya que él clavo cayó al suelo. Significaba que las escamas eran lo bastante duras como para suponer un problema; difícilmente iba a poder matarlo si los clavos apenas lo herían superficialmente. Únicamente había servido para enfurecerlo más, lanzó un rugido amenazante hacia el. La bestia retomó la carrera hacia el pasillo destrozando los marcos de la puerta para abrirse paso. Cyros corría hacia la recepción para salir del edificio mientras el perseguidor tras él trepaba por la pared y el techo del pasillo como si la gravedad no fuera para él. Consiguió salir primero y ocultarse detrás de un cuatro-por-cuatro antes de que el lagarto se abriera paso a través de una de las ventanas mugrientas. Había perdido de vista a su presa, volvió a ponerse a dos patas y oteó los alrededores. Cyros tenía el rifle apoyado en el capó del vehículo apuntando al lagarto. Tal y como pensaba la zona abdominal y en general toda la parte inferior parecía ser más blanda que las partes que quedaban expuestas mientras se arrastraba; era vulnerable mientras estaba a dos patas. Jaló el gatillo una, dos y hasta cinco veces. Los dos primeros clavos se abrieron paso en el abdomen haciendo que cayera hacia atrás chillando, el resto volvió a chocar con las escamas y rebotó. Viéndose en un apuro salió huyendo hacia el interior del camping dejando tras de sí su propia cola, que saltaba y se retorció como si tuviera vida propia. Le recordó a aquellas pequeñas lagartijas con las que jugaban cuando eran pequeños, sin duda debía de ser algún tipo de pariente muy, muy lejano. De su mochila sacó una linterna de pecho y se la puso; había esperado a usarla hasta que fuera extremadamente necesario ya que no era fácil conseguir pilas.

Se adentró en las sombras del camping siguiendo el rastro de sangre. La cola seguía retorciéndose allí y continuó así hasta pasados unos minutos en que sus movimientos comenzaron a ser más espaciados, hasta que finalmente se detuvo.

Llevaba casi una hora siguiendo el rastro y hubiera jurado que llevaban dando vueltas en círculo gran parte del tiempo. Una vez en el interior del lugar todo resultaba muy similar, carabanas en ruinas a un lado y a otro, de vez en cuando un edificio abandonado que en su día hiciera de aseo aparecía de entre las sombras. Durante el camino fué testigo de cómo un grillo derrotaba a un sapo en combate cuerpo a cuerpo, alimentándose después de sus entrañas. También se topó con una

procesión de escarabajos cruzando el camping de los que tuvo que esconderse en el interior de una caravana. Aquel era un lugar de locos y muy peligroso, como menos tiempo pasara allí mejor pensó. En alguna ocasión tuvo que dar un rodeo para evitar problemas pero como buen rastreador volvía a encontrar el rastro. Lo cierto era que estaba perdiendo un montón de sangre y de seguro aunque lo perdiera acabaría muriendo igualmente desangrado. El rastro lo condujo hasta una zona más apartada llena de cabañas de madera; algunas de ellas derruidas. Era una calle con casitas bien ordenadas a ambos lados. Como más se adentraba más grandes se volvían las casas, cambiando las casitas de madera del principio por otras más grandes de dos plantas. Siguió el rastro hasta la entrada de una casa invadida por la maleza, como el resto de las que quedaba en pie. En la entrada donde antiguamente debió haber un jardín ahora se arremolinaba una maleza que llegaba hasta la cintura y las enredaderas estrangulaban la fachada desde el suelo hasta el tejado. En una habitación había crecido un arbusto que asomaba sus ramas por una de las ventanas de la planta baja. El rastro se perdía entre la maleza que guardaba la entrada; algunas de las hojas tenían restos de sangre. Se metió de lleno en la maleza apartando los tallos y las ramas que ocupaban todo el camino hasta la entrada. La puerta no estaba en su sitio, al igual que en la recepción yacía en el suelo con signos de haber sido golpeada. Se adentró en el lugar con mucho cautela; era una verdadera jungla de interior. Nada más entrar un olor nauseabundo lo puso en alerta. Tras la entrada había un espacio abierto a modo de recibidor, a un lado unas escaleras de caracol llevaban a la segunda planta. Las enredaderas asfixiaban también a las paredes en el interior, como una especie de parásito. Mosquitos del tamaño de un puño revoloteaban por el techo y reaccionaron a la luz de la linterna cuando Cyros los enfocó; de momento no parecían interesados en él. Siguió el rastro hasta un arco que daba a lo que algún día fuera un comedor, allí sobre un charco de sangre casi muerto yacía entre gimoteos el gigantesco lagarto. Cyros analizó bien la instancia en busca de posibles amenazas, lo que averiguó fue que el hedor provenía de allí. La bestia lo había tomado a modo de nido y había estado llevando allí a sus presas. Divisó por lo menos una docena de cuerpos humanos desmembrados apilados en una esquina junto a otras víctimas animales tales como perros, gatos, un muflón bicéfalo y al menos dos gamos. Todos ellos estaban cubiertos por una especie de baba viscosa, probablemente los habría engullido para transportarlos y los había regurgitado allí. Cuando lo encontró ya estaba casi muerto tal y como supuso, solo tenía que rematarlo. Se puso en cuclillas sobre sus omóplatos, con la mano izquierda le levantó la cabeza, y con la derecha desenvainó el machete con el que seguidamente rajó por completo el cuello del animal. Un poco más profundo y le habría seccionado la cabeza, brotó la poca sangre que le quedaba dentro. El lagarto, totalmente indefenso no tenía fuerzas para oponer resistencia.

-Por ti si que me van a pagar - Dijo Cyros mientras intentaba cortarle una garra.

Después de mucho insistir finalmente consiguió amputarle un dedo como prueba de que había completado el encargo. Solo la garra medía lo mismo que el dedo índice de un varón adulto. Aquel espécimen era una auténtica máquina de matar, sabía que era un milagro haber salido con vida de aquella situación. Intentó limpiar la hoja con las supuestas alas que le salían de la espalda pero se rompían con facilidad, no era más que una simple membrana impregnada de feromonas. No podía guardar el machete con la hoja llena de sangre, si lo hiciera, la sangre se secaría dentro de la funda y la estropearía, por no hablar de que no podría desenfundar rápidamente. Buscó en la estancia una superficie sobre la que limpiarla, rápidamente vio unas cortinas sucias en el suelo al otro lado. Cuando cruzó la habitación vio un montículo de tierra, cuando se acercó se percató de que había cinco huevos del tamaño de su cabeza. El lagarto había estado recolectando comida para alimentar a sus crías. Con los efectos de la radiación era del todo impredecible el tiempo que podían llegar a tardar en eclosionar, pero por como había estado almacenando comida era probable que fuera dentro de poco. No podía dejar las cosas así con los problemas que había causado una sola de esas bestias; sabía lo que tenía que hacer. Partió todos los huevos con el machete y se aseguró de que no sobreviviera ninguno, después recogió la cortina del suelo, la sacudió y limpió la hoja como si nada, impasible, antes de guardarla de nuevo en su funda. Con la ayuda de la pata de una silla inspeccionó los cuerpos en busca de algo útil o valioso. Por el aspecto al menos siete de los cuerpos eran de guardias de carabanas mercantes, el resto podría tratarse de comerciantes o viajeros. Podía distinguir a los guardias por las cicatrices visibles en rostros y brazos, su musculatura y su vestimenta; normalmente utilizaban coderas, hombreras y rodilleras entre otras prendas para protegerse. Alguno llevaba un cuchillo o dos ocultos en el cinto o en las botas pero nada de armas, debían haber quedado tiradas en el suelo allí donde el lagarto los matara. Si llevaban algo de munición casera en los bolsillos y algún virote de ballesta, nada que Cyros pudiera utilizar a menos que fuera para vender de modo que guardó un puñado de balas caseras en la mochila. No sacaría gran cosa ya que no tenía mucho valor, normalmente creadas con chatarra eran abundantes y en su mayoría de mala calidad. A pocas personas les gusta que les estalle el arma en las manos en el peor de los momentos; por eso el siempre confiaba en su rifle de clavos. Uno de los cuerpos llamó su atención, el tipo se veía algo mayor que él y llevaba un trébol tatuado en el cuello. Un muñón ocupaba el lugar del brazo derecho, sin duda muy anterior al encontronazo con el lagarto. Era curioso que vistiera como un guardia, ningún tullido en su sano juicio se metería a guardia de carabanas. O estaba loco, o era un zorro muy duro, de cualquier modo los que tenían dos brazos acabaron muriendo igual así que no importaba. Al registrar el cuerpo vio que sujetaba algo parecido a un libro en la mano izquierda, era su diario. Estaba cubierto de baba y algunas páginas estaban pegadas, en otras simplemente se había corrido

la tinta. Caprichoso el destino, de entre las páginas legibles un nombre escrito en la última de ellas le llamó la atención.

-Alexis Bauza -Leyó en voz baja casi susurrando.

La página incluía datos sobre el, edad, descripción física entre otros así como testigos y avistamientos, y al final de todo subrayado la suma que ofrecían por su cabeza. Ojeó rápidamente el resto de páginas, no era un simple diario, era más bien un registro de misiones y aquellos hombres no eran unos simples guardias de carabanas, también eran cazarrecompensas. Alguien de su pasado sabía que seguía vivo y estaba dispuesto a pagar muy bien para enterrarlo de verdad. Buscó entre las líneas de la página por si apareciera el nombre del cliente, y vaya si lo encontró.

-El Negro Esmiz -leyó incrédulo.

Quedó atónito ante la magnitud de tal revelación. El Negro Esmiz era el señor de la guerra que regía con puño de hierro todo el Barcelonés, todas las bandas de maleantes respondían ante él y todos los asentamientos le pagaban tributo. Así fue al menos hasta que llegaron los colonos de la República Balear, que con ayuda de los demás asentamientos, hartos del expolio, le plantaron cara y lo derrocaron. Cyros o Alexis por aquel entonces, pasó mucho tiempo tras Esmiz. El conflicto apenas duró una semana hasta que abandonó el territorio frente a una turba de gente que estaba dispuesta a morir para romper su yugo. Algunas bandas se quedaron para intentar llenar el vacío de poder, otras se fueron con él. Entre sus víctimas se encontraba la esposa de Alexis, quemada viva junto a otros ingenieros y su escolta de soldados durante una misión mientras intentaban activar una antena de radio. Mató a muchos para intentar dar con él, pero era escurridizo y nunca llegó a saber de su paradero. Es posible que en su sed de sangre matara a alguno de los hijos de Esmiz y por lo menos a un hermano, de eso estaba seguro; quería que sufriera.

-Maldito cabrón, tendrías que haberte olvidado de mí, igual que yo me olvidé de ti.

El frío cañón de un revólver en la nuca lo sacó del trance.

-Pues a mi me parece que el jefe piensa mucho en tí -. Dijo una voz ronca a sus espaldas.- Levanta y pon las manos en alto donde pueda verlas- Ordenó

Cyros soltó el registro y obedeció, poniéndose en pie y levantando las manos. La voz del tipo sonaba cansada, debió sobrevivir al ataque del lagarto y había estado perdido en los humedales desde entonces, por el aspecto de los cadáveres llevaban

allí más de un día. Por como jadeaba era probable que estuviera herido y dependiendo de cuanto le gustara la carne de insecto gigante mutante probablemente desnutrido o intoxicado.

-Me has pillado por sorpresa, pese a lo fuerte que respiras no te oí acercarte. Has tenido suerte de que estuviera distraído. - confesó Cyros

-Te tienes en muy alta estima señor "Segador" Bauza

-Lo cierto es que sí, he matado a tantos como tu que no puedo ni contarlos. ¿vas a disparar o qué?- lo desafió el

-No me faltan ganas grandísimo hijo de puta, pero me pagan el doble si te entrego vivo.- Era evidente que le costaba un gran esfuerzo formular frases largas.

-Te será difícil si estás muerto. - amenazó Cyros

-¿Perdón? ¿Qué es lo que has dicho cacho de mierda? Yo soy quien tiene la pistola.- Brabuconeó el otro individuo

Cyros no era alguien a quien se pudiera pillar por sorpresa y menos en su propio entorno. Cuando le sorprendió por la espalda aprovechó para esconderse en la manga uno de los cuchillos que llevaban los cadáveres de los cazarrecompensas. Al permanecer de espaldas a su asaltante éste no podía haber visto el cuchillo y ese fue su último error. Teniendo en cuenta de que debía llevar más de un día deambulando por los humedales, con un revólver que dependiendo del modelo puede llevar entre cinco y nueve balas en la cámara, basándose en la munición que llevaban encima sus compañeros era más que probable que no le quedara ni una bala. Como mucho podría ser que hubiera llevado un fusil o algo por el estilo, pero si lo tenía encañonado con el revólver indicaba que lo llevaba cargado a la espalda por lo que no le daría tiempo de dispararle con el. Cyros se la jugó a recibir un tiro mientras volviéndose hacia él arrojaba el cuchillo oculto. La combinación de cansancio y sorpresa impidió que el extraño pudiera hacer algo más que no fuera recibir un cuchillo volador en la muñeca. Cuando el cuchillo impactó se abrió paso a través de la carne seccionando los tendones de la muñeca; el tipo dejó caer el revólver en el acto sin disparar ni una bala. Con una patada alta en el pecho Cyros lo tumbó de espaldas; por fin podía mirar a la cara a la persona que lo tenía encañonado. Rápidamente vió que tenía razón en todo, el revólver no tenía balas en la cámara y el joven llevaba a su espalda un viejo fusil de asalto cetme, vestía igual que el resto y tenía un zarpazo del lagarto en el pecho; probablemente con un pulmón perforado. Realmente era un milagro que siguiera vivo en esas condiciones y en aquel entorno. Cuando le miró a la cara vió algo que le hizo dar un paso atrás.

El joven que tendría apenas veintipocos años tenía los ojos rojos inyectados en sangre, tanto que literalmente estaba llorando sangre, su piel era gris y tenía manchas claras en la ropa de haber estado vomitando algo verdoso. Se encontraba en un adelantado estado de infección por parte de un hongo muy contagioso surgido después del apocalipsis dando lugar a una enfermedad comúnmente conocida como la enfermedad del marfanto. El hongo invadía el sistema respiratorio para después pasa al cerebro causando atrofia y a la piel provocando esa pigmentación gris tan característica. Después de eso los enfermos se volvían violentos y eran empujados por un instinto animal a alimentarse, en ese estado a los enfermos se les conocía como marfantos. Cyros lo había visto antes, a veces los enfermos se juntaban en una especie de manada y cazaban en grupo. No sabía de ningún caso que acabara con el enfermo sanando sin convertirse en un marfanto.

-Esta noche está siendo muy larga. -dijo Cyros mientras recargaba el revólver que acababa de coger del suelo con una de las balas caseras que había recuperado-. ¿Sabes que ya estás muerto verdad? En el momento en el que contrajiste esa puta enfermedad ya estabas muerto chaval.- realmente sintió lástima por él-. Dime ahora mismo cómo sabe El Negro Esmiz que sigo vivo y donde estoy y a cambio te ahorraré una larga agonía.

El chico rió

-Te Matará -volvió a reír-, te matará a ti y a todo lo que amas- siguió riendo.

-Pobre imbécil- sonrió en señal de añoranza - a mi ya no me queda nada que amar.

Levantó el revólver, apuntó a la cabeza y apretó el gatillo; sangre y vísceras se desparramaron por todo el lugar. Dejó el revólver sobre el abdomen del muchacho, al final, le dió más lástima que rabia.

